

DE LA ARQUITECTURA DE LA CONDESCENDENCIA A LA ARQUITECTURA DE LA CONTESTACION

UNA perspectiva nada halagadora parece invadir los centros que fueron en otra época facultades, liceos o escuelas de arquitectura. Desde 1968 —año académico de la contestación—, algunos de estos centros no han vuelto a abrir sus puertas o permanecen confusos ante las imágenes de las demandas de un alumnado cada vez menos dispuesto a no intervenir en la conformación y planificación de tales instrumentos de cultura, afectados en sus problemas más básicos por la crisis general a que se encuentra sometida la forma de impartir el conocimiento en los esquemas de la sociedad contemporánea. Pero quizá sea la arquitectura una de las formas de pensamiento donde de manera más explícita aparezca este proceso de manipulación general de los hombres y las cosas, de las ideas y de los sentimientos, que vienen caracterizando de forma tan elocuente los procesos históricos de nuestro siglo.

La ideología arquitectónica y los hechos arquitectónicos, que reflejan sus propuestas, recogen en su trayectoria histórica, de una manera patente, las diversas formas de la falsa conciencia contemporánea, donde se desarrolla la realidad social del hombre de hoy. Centros estos donde las ideas que formulaban las vanguardias habían sido en la teoría y en la práctica marginadas, haciendo obstinadamente inviable un proceso de opción al cambio. Las nuevas ideas del movimiento moderno, pese a las mitificaciones formales de que fueron objeto, asignaban a la arquitectura un papel progresivo que la independizara de ser mera formulación de imágenes formales del capitalismo —privado o de la burocracia estatal—, para adscribirse a un auténtico servicio público. Siendo sus propuestas en cierta medida programáticas, y no habiendo tenido cabida en las escuelas, nada debe extrañar que estas ideas evolucionadas históricamente y con unos presupuestos en la acción más contundentes, se hayan precipitado, en estos centros, en radicalizaciones contestatarias de la nueva clase de estudiantes, y que las escuelas, confusas y alteradas, intenten en apresurados esfuerzos ponerse al día tras la busca de estímulos para una nueva temática o formalizando planes de estudio capaces de encajar el comportamiento crítico, político y didáctico.

Los esfuerzos se centran, al menos desde ciertos sectores del estamento académico, en formular nuevos métodos pedagógicos, ignorando que el objetivo de la lucha entablada por las generaciones más jóvenes no es un cambio o alterna-

tiva en los métodos pedagógicos. El objetivo del cambio está centrado en buscar el destino social y el rol que el arquitecto ha de realizar dentro de la sociedad. El campo de actuación del arquitecto en nuestro tiempo aparece amorfo, cuando no conflictivo, incapaz de percibir y menos aún de asumir los estímulos de sus propias contradicciones, absolutamente marginado dentro del proceso histórico. La ausencia de una precisa definición de sus cometidos profesionales le ha distanciado del plano de una realidad cultural que ha venido configurándose en la primera mitad del siglo XX.

Esta falta de cometidos precisos le ha situado en una élite superficial y vana. La burguesía le asigna su campo de acción, como profesional diferenciado que ha de asumir aquellos papeles que las razones de poder le confieren; primero sería un mero profesional competente de la técnica constructiva, aunque fueran los ingenieros quienes harían posible la construcción con los nuevos materiales, cemento y acero; más tarde se le asignaría el papel de asumir la nueva realidad urbana, y por último, encarnaría la imagen de un profesional un poco deteriorado, competente tan sólo en las

nuevas técnicas del medio ambiente. El arquitecto, mimado socialmente, adscrito a formalizar las razones del poder burgués, no realiza lo inmediato y preciso por intrascendente y se prepara para proyectar los grandes postulados, para asumir los máximos programas se hace intérprete de un determinado grupo del sistema social y, como protagonista del hecho arquitectónico, rinde lealtad a las razones de status. Su actividad cultural y pragmática, bien de artista o visionario, bien de promotor-financiero o de organizador del territorio, le impide seguir el ciclo de la evolución social, acumulando un vacío ético y cultural de difícil superación.

Las escuelas de arquitectura, por otra parte, habían nacido bajo un síntoma extraño, bajo el intento de armonizar una dicotomía conceptual bastante liviana: arte y técnica. Estos centros discurrieron, durante muchos años, intentando armonizar, precisar y definir si la arquitectura debía ser considerada como arte o como técnica aplicada. Tales bizantinismos teóricos alejaban al arquitecto de las intrínsecas motivaciones por las que se realizaba el proyecto, y construían los edificios sin considerar ni intuir siquiera las consecuencias que podría tener la obra realizada.

La especialización vendría posteriormente a confirmar aquello que el sector más progresivo del materialismo histórico había definido con bastante precisión al reflexionar sobre el intelecto técnico, como proceso manipulador de los hombres y las cosas. La especialización en las disciplinas de la arquitectura terminaba planteando problemas de cómo realizar la arquitectura, sin pararse a indagar el porqué del hecho arquitectónico y el destino de su realidad construida. Las nuevas imágenes de la arquitectura moderna entretenían y entretienen a muchos arquitectos mediatizados por la ideología tecnocrática, que intenta configurar un código de ética profesional donde se ignora el porqué y para quién se construye la vivienda mínima, los centros urbanos o direccionales, los nuevos núcleos recreativos, administrativos, comerciales... Tales cometidos desarrollaron muchas horas de trabajo, procurando adecuar técnicas y métodos nuevos, introducir nuevas imágenes arquitectónicas. El movimiento moderno surgía así con una directriz ideológica un tanto amorfa; sus esfuerzos culturales, los más teóricos y quizá los más positivos, eran sofocados, y el campo que iba a conquistar este movimiento y, de hecho, lo que en nuestros días configura la modernidad arquitectónica no es otro que las plataformas de interés económico

ANTONIO FERNANDEZ ALBA



**LA IDEOLOGIA ARQUITECTONICA Y LOS HECHOS
ARQUITECTONICOS QUE REFLEJAN SUS PROPUESTAS,
RECOGEN EN SU TRAYECTORIA HISTORICA LAS DIVERSAS
FORMAS DE LA FALSA CONCIENCIA CONTEMPORANEA.**

y social de las clases que detentan el poder.

Un fenómeno de exclusión se había verificado en este proceso de formalización del proyecto arquitectónico, al no ser controlada la finalidad arquitectónica. Anulada la finalidad, el por qué se realiza el proyecto se ofrecía como una actividad exclusivamente abierta a la manipulación arquitectónica por parte del promotor. Algunos síntomas aparecían en las crisis económicas, políticas o ideológicas que se han sucedido a lo largo de los últimos cuarenta años, y que, en parte, no denunciaban otra cosa que la crisis de los fundamentos de la sociedad industrial, de las cuales derivan muchas de las ideas actuales sobre la realidad como sistema de manipulación general. En el ámbito pedagógico, más limpio que las implicaciones y compromisos del ejercicio profesional, la nueva clase de estudiantes iniciaba una búsqueda en nuevas propuestas; el fenómeno de la contestación aparecía en la mentalidad de la juventud pequeño burguesa a manera de nuevo código, plétórico de sugerencias, la muerte del proyecto se decretaba en liceos y escuelas, se prendía fuego a edificios redactados en los cánones del expresionismo capitalista más refinado, y la arquitectura dibujada daba paso a la arquitectura oral. Del materialismo histórico que había inscrito la arquitectura en la realidad de las contingencias se propugnaba en muchas ocasiones una suerte de filosofía de las formas, ya no ten

simbólicas como en la época precedente; la economía y la sociología introducidas de forma apresurada en la vulgarización cientifista de la arquitectura serían los parámetros pseudocientíficos encargados de mantener el grado de imprecisión que ha caracterizado casi siempre el proceder arquitectónico.

Tres estamentos abordarían, en las escuelas y facultades, la conquista del reformismo didáctico: los arquitectos/artistas, reductos de la vieja clase; los estudiantes/ideólogos, como nueva clase, y los arquitectos/científicos, dispuestos a programar una arquitectura de manipulación objetiva. La contestación había hecho desaparecer de la escena pedagógica las imágenes académicas de la nueva y la vieja tradición arquitectónica, los grandes maestros desmitificados, los nuevos profesores, en muchas ocasiones confusos por la dificultad de diagnosticar la crisis... ¿se trata de la crisis de un determinado programa político?, ¿de un determinado modelo económico?, ¿de una determinada forma de relaciones sociales? o, por su ignorancia y falta de preparación, proponían unas estructuras pedagógicas inoperantes que las más de las veces se desarrollan entre el ocio y la indiferencia.

La crítica que sobre la realidad arquitectónica se formaliza en las aulas tiende a un tímido comportamiento político-didáctico, bien anticipando las nuevas formas que acompañarán en los nuevos tiempos a los arquitectos visionarios,

bien moralizando sobre el futuro a título de profetas o eludiendo la realidad presente, como los utopistas, desconociendo a veces que los profetas, teóricos o prácticos, los visionarios y los utopistas en general no son hombres políticos y que la personalidad política adolece en nuestro tiempo de una crisis tan profunda como la arquitectónica. Las propuestas de análisis urbano, por ejemplo, que a modo de constante se introduce en las escuelas abiertas aún a la enseñanza, tiende a una justificación recíproca entre alumnos y profesores, donde poder encajar ciertas aproximaciones de sociología-política, y donde el alumno puede descubrir la ciudad como escenario de la lucha de clases y justificar el profesor su adhesión a la presión ideológica del alumnado, incapacitados ambos para el análisis y la distinción de los objetivos del conocimiento y de los mismos objetivos reales.

La enseñanza sigue marginada de la experiencia propia del alumno, es ajena a ella y se intenta vanamente formular con principios extraños a esta experiencia. Aparentemente se introducen renovados criterios que pretenden mantener la vieja didáctica por medio de nociones que ahondan sus raíces en los principios de un naturalismo o un neopositivismo. Este último apartado aparece muy claro en la tendencia que intenta mantener el programa de los arquitectos-científicos, entendiendo la arquitectura como ruda técnica de sistemas de manipulación general donde el

hombre pierde la capacidad de hacer distinciones. Un proceso de educación por nociones ofrece pocas alternativas al cambio, encierra la misma rigidez que una enseñanza por intuiciones, tan unívoca y parcial como característica de las sociedades estáticas, de espaldas siempre a la capacidad creadora y transformadora del hombre.

La información, proceso pedagógico al que tradicionalmente han acudido las escuelas de arquitectura, se ve hoy desbordado por el cúmulo de estímulos informativos, difíciles de codificar y de controlar en una sociedad del consumo creciente. Una enseñanza, sin embargo, en la información no debe olvidar que puede ser experiencia válida para aquellos que disponen de los controles de poder. Los procesos de una cultura activa buscan unos cauces más directos, intentan inscribirse en la realidad de una forma más integral, sin necesidad de abordar los estereotipos-programados. Las orientaciones más positivas en el salto cualitativo que se avecina parecen abordar la búsqueda de una estructura que posibilite el desarrollo del hecho arquitectónico como auténtico servicio público abierto a la fórmula de una cultura común, no en sentido estrictamente conductista, y a unas hipótesis de trabajo del rol del arquitecto enteramente ajeno a una constante económica de producción, cambio y consumo que permitan redactar unos proyectos para la supervivencia del hombre y de su medio, donde la creación de espacios artificiales surja de una justificación no identificable necesariamente con la idea de integración, como proceso mecanicista de estímulos arquitectónicos condicionados o como un apartado más de la manipulación general de la conducta.

El medio natural y artificial en cuyas márgenes hoy trabaja el arquitecto es un medio controlado. Su poder de transformación está codificado por unas relaciones de producción, y el ámbito planificado de él dimanante queda reducido a unas valencias de consumo donde se explicitan de antemano normas sociales, pautas de conducta y estereotipos ambientales, tanto arquitectónicos como urbanísticos. La arquitectura surgida de las hipótesis teóricas del movimiento moderno lo hacía desde una experiencia plástica, intentando abordar, desde tal experiencia, la formalización de unas imágenes arquitectónicas capaces de superar las pautas de manipulación. Sus resultados han sido lo suficientemente elocuentes para dejar patente su incapacidad ante el cambio. La formalización y creación del hecho arquitectónico, como realidad social y económica, plantean en nuestros días una de las situaciones críticas más rotundas, pues se trata de afrontar la creatividad del objeto arquitectónico como un producto libre de la manipulación general que desarrollan en nuestros días las sociedades finalistas y tecnocráticas, tanto en los grupos sociales como en el medio físico. Alternativa difícil. Los liceos, facultades y escuelas de arquitectura no son instrumentos preparados para acoger estas prerrogativas históricas.